

recho público no fudado en la conciencia no apoyado en Dios.

Considerábanse la educacion y la instrucion como una misma cosa, arreglándose esta última al acaso ó prácticas irracionalmente mantenidas. En el *Emilio*, Rousseau delineó un curso de educacion, agradable por lo novelesco de la forma, y en el cual desde el regazo materno se tiene cuidado del cuerpo, del corazon y del entendimiento del niño; obra benéfica que hizo abandonar muchas costumbres pésimas, que libró á los niños de las fajas y justillos que los oprimian, y les devolvió al seno de las madres, mientras la *Confesion del vicario saboyano* hacia que se tornasen á dirigir al cielo los ojos fijados en el fango, y restablecia los derechos del sentimiento en la demostracion de las verdades supremas. Pero al mismo tiempo ¡cuantas ideas falsas no se mezclaban entre estas verdades! Siempre guiando la educacion por medio de circunstancias artificiales y de pequeños golpes de teatro, rodea á su discípulo de un mundo preparado á propósito para él. Pretende que cada niño reconstruya por sí la civilizacion é invente aquello que puede aprender, y reduce al hombre á la condicion de los brutos que no transmiten á sus hijos lo que aprendieron. ¿Se le ocultó por ventura á Rousseau que una generacion no puede conocerse á sí misma si no conoce la precedente? ¿Se le ocultó que si todo hombre debe ocuparse en educar á otro, ni tiempo ni posibilidad quedan para el progreso? Por otra parte no da á la moral mas fundamento que el interes personal; predispone á su educando contra la sociedad como contra un enemigo, y hace que viviendo entre los hombres tenga aversion á todas las reglas comunes, ó lo que es lo mismo, que sea infelicitísimo. Su *Emilio* mismo, ¿como se educa? Dispuesto á aceptar todo lo que le sucede, la esclavitud en Argel ó el adulterio en su patria, sin sentir la imperiosa necesidad de mejorar á los demas ni de mejorarse á sí propio.

Este libro, cuya impresion se obtuvo con artificios, fué inmediatamente condenado por el arzobispo y el parlamento de Paris y al mismo tiempo por Ginebra: y el autor respondió al arzobispo en una carta virulenta sosteniendo la libertad de conciencia, no ya como hombre incrédulo y mordaz, sino seriamente demostrando que la sociedad se hallaba en contradiccion con sus propios estatutos, siendo tiránica al mismo tiempo que débil.

Los filósofos que al ver sus primeras paradojas lo habian saludado como uno de tantos, se mostraron en breve ofendidos de lo que creia y de lo que negaba, humillados ante su genio é irritados contra aquella independencia que constituia su fuerza. Así como ellos se elevaron lisonjeando la opinion dominante, él quiso elevarse contrariándola: blasfemó de la ciencia y de la civilizacion para afrenta de los reyes y de la opinion;

proclamó la igualdad por odio á los nobles afirmó la ecsistencia de Dios porque en las cenas de Holbach se habia negado; atribuyó todo á la educacion porque era de moda hacer omnipotente el clima; y porque se ostentaba el libertinaje, quiso purificar la moral con los sentimientos de familia y con el espectáculo de las sencillas costumbres republicanas, siendo misántropo entre las cortesias y la elegancia francesa, democrático entre los admiradores de Luis XIV y estando persuadido de que se podia perfeccionar al hombre cuando ninguno hacia mas que dudar y burlarse de todo.

Así, pues, sus escritos, como su vida, son una perpetua contradiccion; teme á los genios y á los bienhechores, y sin embargo se irrita si no se le entiende; busca la soledad mas para hacer que se hable de él con mayor empeño en los círculos á que no concurre; finge despreciar la gloria y suspira por ella; y así entre todas las pequenezes de espíritu que el siglo XVIII unia á tanta audacia, pasa una vida angustiosa sin inspirar afecto á nadie, mudando de mujeres, echando al hospicio á sus hijos, haciendo guerra á los enciclopedistas lo mismo que á los clérigos; delineando en los escritos una edad de oro mientras en la vida blasfemaba y maldecia, creyendo que todo el mundo hablaba de él y le movia guerra incesante (1) y á pesar de esto proclamando la virtud y el sentimiento.

(1) "Yo no seré acusado, ni preso, ni juzgado, ni castigado en la apariencia; pero sin aparentarlo se procurará por todos los medios hacerme la vida odiosa, insostenible, cien veces mayor que la muerte; se me pondrán centinelas de vista, no daré un paso sin ser seguido: se me quitarán todos los medios de saber nada aunque sea de lo que me concierne; no podré enterarme de las noticias públicas mas indiferentes, ni aun de las que traen las gacetas; no se dejarán correr mis cartas y escritos sino por manos de aquellos que me venden; se truncará mi correspondencia con cualquier otro; la respuesta universal á cualquier pregunta mia será *no lo sé*; en toda reunion mi presencia producirá un silencio universal; delante de mí las mujeres no tendrán lengua y los barberos serán discretos y silenciosos; viviré en el seno de la nacion mas locuaz como en un pueblo de mudos; si viajo se predispondrán todas las cosas para hacer de mí lo que se quiere; á donde vaya me darán en custodia á los pasajeros, á los criados, á los mesoneros; apenas hallara nadie con quien comer en las posadas; apenas hallaré un albergue que no esté aislado; finalmente se cuidará de esparcir tal horror hacia mí por donde vaya, que á cada paso que dé, á cada objeto que vea queda lacerada mi alma; lo cual sin embargo no impedirá como á Sancho Panza se me hagan mil reverencias burlescas con otros tantos cumplimientos y muestras de respeto y admiracion: cortesias de tigres que pamineces que se sonrien en el momento en que se disponen á despedazar su presa." *Carta á Saint-Germain*. Esta es la quinta esencia del egoismo.

Rousseau consideraba á los filósofos como cobardes impostores que no tenian mas deseo que el de adquirir fama (1); ellos le miraban como un salvaje, y no pudiendo perderlo con el escarnio, intentaron perderlo con fuerza. Voltaire, celoso de una gloria que no procedía de la suya, echó mano de todos los medios para difamar á aquel *malvado* que tenia entre sus parientes un zapatero. El parlamento decretó su prision, Rousseau huye, y la Suiza, hospital y patria, lo rechaza: llevado por Hume á Inglaterra, en breve abandona aquel país maldiciendo del amigo traidor; y entonces perseguido por todos ó creyendo serlo, espantado de tantas enemistades como de la proteccion, de las pensiones como del eco que repite los aplausos que se le tributan, vive infelicitísimo, enemistado con todos, y acaso pone por su mano término á sus días.

Rousseau se estremece y hace estremeecer donde Voltaire no sabe mas que reír. Este se constituye en órgano de las ideas, de las esperanzas, de los reñcores de su tiempo, y los trasmite como inspiraciones y con inmensa eficacia; aquel con su orgullo desmesurado quiere imponer al siglo las que toma por propias opiniones, pero que no son sino la ecsageracion de las doctrinas proclamadas; poseído de desconfianzas y tratando de inspirarlas á las naciones, como si fuese parte de la felicidad el desconfiar siempre, una pasion del tiempo le sirve de arma para combatir á otra, y llega á hacerse popular combatiendo la popularidad. Voltaire, poeta, esparce por doquiera el arte, se rie, revela abusos y delitos, pero no protesta contra lo presente ni bosqueja reformas para el porvenir. Rousseau, dotado mas de sentimiento que de razon, concentra en sí todos los dolores de su época, protesta de continuo y sueña en utopias. Aquel es un epigrama, este una elegía; aquel duda y se rie, este duda y se espanta.

Voltaire adora á los reyes tanto como desprecia al pueblo, y por hacer la corte á aquellos ataca á los clérigos y á la religion, revolucionario en ésta y tan servil en política, que cree que la causa de los filósofos es la causa de los reyes (2): Rousseau, republicano, defiende al pueblo y con grande escándalo de Voltaire hace de su héroe misántropo un carpintero. Voltaire diviniza la razon

(1) Où est le philosophe, qui pour sa gloire ne tromperait pas volontiers le genre humain? Où est celui qui dans le secret de son cœur se propose un autre objet que de se distinguer? Y en otra parte: O Montaigne, tu qui te piques de franchise et de vérité, sois vrai, sois sincère, si un philosophe peut l'être.—*Emilio*, lib. IV.

(2) Ademas de los pasajes ya citados escriben á D'Alembert: On ne s'était pas douté que la cause des rois fût celle des philosophes; cependant il est évident que des sages qui n'admettent pas deux puissances sont les premiers soutiens de l'autorité royale. *Correspondance* T. XIII, p. 18.

que separa, Rousseau el sentimiento que reúne; aquel se rie de todo lo pasado y goza con lo presente, Rousseau padece con lo presente, pero confía en el porvenir. Voltaire censura la sociedad pero se acomoda á ella, recibe títulos de la corte, tiene vasallos, trafica en esclavos y se da buena vida; Rousseau no transige, padece, se desespera, no puede respirar en un siglo perverso. El alma de Voltaire es un implacable buen sentido; la de Rousseau es la ecsaltacion del sentimiento, el entusiasmo por la verdad y la justicia: la escuela del primero pereció apenas cumplida su mision; la del segundo comenzó el movimiento de renovacion así en el arte como en el sentimiento.

Bernardine de Saint-Pierre [1737-1814], el primero despues de Rousseau entre los de su escuela, heredó de él el impulso religioso dado al pensamiento filosófico. Imaginándose en su fantasía las reformas que la sociedad necesitaba, quiso hacerse jesuita para convertir á los americanos, y despues pasó á Malta para hestilizar á los turcos. Desconocido de la Francia á quien amaba, porque este país habia producido á Fenelon, pasó á Rusia con el fin de proponer sus ideas á Catalina y á Orloff; pero á duras penas pudo obtener servicio en el ejército y lo abandonó en breve para combatir en favor de los polacos. Fijo en la idea de fundar una república, escogió para ello el territorio de Madagascar, pero volvió de allí sin lograr su objeto. Introducido en la brigada de los filosofistas, no se encontró en ella á su gusto, siendo como era objeto de risa por sus desventuras y por sus virtudes; por lo cual se aisló en su pobreza, feliz cuando podia acompañarse con Rousseau, y aborreciendo con éste á aquella turba satisfecha, que al salir del teatro ó de las orgías lanzaba epigramas contra Dios y contra la humanidad.

Y Dios y la naturaleza habian desaparecido del arte; mas como son los únicos que pueden darle vida, quedó éste reducido á un descarnado esqueleto, á una luz enteramente artificial en vez del sol límpido y puro, careciendo ya de sentimientos, de delicadeza, de formas, de variedad de estilo.

La literatura habiendo bajado al terreno de la polémica cotidiana y siendo uno de los mas activos medios de conmover las ideas, perdió la delicadeza que tenia en el siglo precedente, menospreciados los antiguos á causa de la nueva direccion que tomaba el pensamiento, se buscaron pensadores nuevos, espresiones forzadas, giros estravagantes, vanos ornamentos en lugar de la pura ingenuidad; la lengua adquiriendo concision y facilidad perdió en elegancia y en colorido; las frases eran fuertes pero no las mas justas; y aquella que yo llamaré petulancia de estilo cortado, si al principio halaga, á la larga es nauseabunda. Voltaire se lamenta muchas veces de que el gusto se pierda sucediéndose una novedad á otra, cayéndose en los barbarismos, y siendo el siglo XVIII la cloaca de

todos los siglos. Tal vez la razón de las culpas que con tanto despecho revela Voltaire, está en aquella frase de su contemporáneo Vauvenargue: *es necesario tener alma para tener gusto; los grandes pensamientos vienen del corazón.*

Algunos cultivaron desinteresadamente el arte; Montesquieu estudiaba mucho, aprobaba, reprobaba, se desesperaba; Buffon proclamaba que solo el estilo hacía inmortal un libro, y fué de ellos artífice infatigable. Este, en la imperturbable majestad del genio á quien no alteran censuras ni elogios, logró conmover representando las sensaciones que se experimentaban, usando de claridad y sencillez persuasiva en sus generalidades y de frases elevadas aunque graves, de tal modo que cada vez es más sensible que no haya unido el orden físico con el orden moral. Acaso procede de esto el haber tenido que apelar entonces al énfasis, porque no servía para el sentimiento. Mas lo mismo pareció buena parte de sus escritos, no quedando sino las grandes verdades y las nociones relativas á la naturaleza del hombre, constante en su inmensa variedad.

Pero si todos aquellos pintores describían los campos estando en París según lo veían en el Jardín Botánico, siendo por lo mismo sus pinturas acompañadas y convencionales, Rousseau había visto los Alpes y amaba el campo; sin embargo, la naturaleza tiene en él algo de artificial; presenta la imagen de huertos y jardines ingleses, no la grandiosa de las montañas; y luego entre la naturaleza y su persona ve siempre al hombre, y el detestar á éste quitaba la belleza á aquella. Saint-Pierre amando las soledades, los prados, el mar, los poetas, comprendió la consonancia del corazón humano con la creación, y descubrió su sincero é ingenuo entusiasmo en los *Estudios de la naturaleza*. No es este un gran libro, pero era tan diverso de lo que entonces se escribía, que agradó á las almas timoratas no obstante su vaguedad é inconexión, al paso que excitó los bostezos de los bellos espíritus con sus ilusiones, y la bafa de los filósofos con las ideas religiosas en él diseminadas. Al que sepa cuanto valor se necesita para ir contra la corriente, parecerá un acto de fuerza el incomparable idilio de *Pablo y Virginia*. Cuando lo leyó en el salón de madama Necker unos se marcharon, otros se adormecieron; pero el público lo comprendió.

A pocos es dado tener tanta fé que se atribuyan siempre á sí mismos la razón contra todo el siglo. Bernardino de Saint-Pierre se corrigió en esto, es decir, se extravió, y en la *Cabaña india* criticó la sociedad y las academias, mostrando en abstracto un grande amor á la justicia y á la humanidad. Después se precipitó en el optimismo providencial hasta negar casi el mal mediante la indagación de las causas finales, y haciendo de la naturaleza un tipo de hermosura, de bondad, de conveniencia absoluta en que las armonías del

cielo con la tierra solamente habían sido turbadas por haber el hombre adquirido la civilización y abandonado las majestuosas selvas para habitar las infectas ciudades.

Y véase aquí á la misantropía de Juan Jacobo; véase defendida la Providencia con inculpar la civilización; todo bien procede de Dios y todo mal del hombre, según Bernardino de Saint Pierre, como si el hombre no fuese el principal objeto de la Providencia. Pero aunque Saint-Pierre se lanza á ecesageraciones para responder á los impugnadores, conserva la admiración á la naturaleza, se atreve á permanecer cristiano y fomenta la reacción contra la negación filosófica y la ligereza artística.

ECONOMIA.—FILANTROPIA.

A doctrinas tan vacías se quiso dar por fundamento los hechos, tratando con abstracciones de formar una moral á propósito para las naciones y para los individuos. Sin embargo, algún mérito tiene el filosofismo de aquella época por haber proclamado ideas iniciadoras aunque no eran las suyas, ideas sagradas, respetables y á su pesar cristianas, las cuales hasta entonces habían sido insultadas diariamente por los reyes déspotas y por los cortesanos corrompidos, y aplicadas por la iglesia solamente al dominio espiritual sin tomarse trabajo de difundirlas en el mundo, como trataron de hacerlo los filósofos con osadía y eficacia agresivas.

El desorden de la hacienda, efecto de las necesidades crecientes del gobierno, y la política de gabinete y de familia que dominaba á la sazón, condujeron á meditar sobre el origen y la distribución de las riquezas, sobre el lujo, sobre la agricultura. El sistema de Law fué el auxiliar de esta ciencia, y llovieron libros sobre el crédito, la población, las fábricas, para explicar la crisis que había sobrevenido y raciocinar acerca de lo que cada uno había experimentado; y en vista de que en aquel torbellino la única propiedad estable, lejos de haber perecido se había mejorado, se juzgó que la sola riqueza verdadera consistía en la tierra. Así nacieron los economistas, cuyo sistema al principio se limitó á fórmulas precisas, aspirando bajo el aspecto de reforma gubernativa á facilitar la recaudación de los impuestos y á reparar los males de la Francia.

¿Por ventura vive la sociedad de oro y de plata? De ninguna manera. Coman los hombres todo el año y al fin se encontrará que no tienen ni más ni menos dinero que al principio. El oro y la plata no sirven, pues, sino para facilitar los cambios; la subsistencia se saca solo de los géneros á propósito para el consumo; así que la riqueza consiste no en el precio, sino en la cosa. De esta manera se discurría; por lo cual de la importancia dada á las artes que producen oro, se pasó á despreciarlas de hecho dando la preferencia á la agricultura. El médico Quesnay (1694-

1774) opinaba que todas las riquezas provenían de la tierra por ser esta la única que suministra las materias primeras y sustenta á los operarios. Según la doctrina de este economista, el trabajo aplicado á la agricultura produce el alimento, mas un excedente de valor para aumentar el cúmulo de las riquezas (producto neto), excedente que debe pertenecer al poseedor de la tierra como caudal disponible después de pagados los gastos anuales y la anticipación primitiva. Las demás industrias no pueden añadir la más mínima cosa ni á la masa de aquellas sobre las cuales ejercen su acción, ni á la riqueza general de la sociedad. Los operarios, pues, no producen sino lo que consumen durante la obra; y terminada esta, la suma total de las riquezas se encuentra ni más ni menos como al principio, á no ser que hayan ahorrado algo del consumo.

De aquí deduce Quesnay que los propietarios deben tener preeminencia sobre todos los demás ciudadanos. Pero las consecuencias de esta soberbia doctrina venían á pesar sobre la agricultura, porque ¿cómo imponer contribuciones á gente reducida al simple salario? Todos debían, pues, sacar su subsistencia del terreno y tomarla del producto neto, siendo el deber de la sociedad multiplicar este producto, con lo cual los propietarios fomentarán la industria; y si en esta operación se encareciese el grano, nada importaba en opinión de Quesnay, porque también se aumentaría el precio de los salarios.

Turgot ecesageró el sistema de Quesnay hasta dividir los operarios en dos clases, una *productora* con el terreno, otra *estéril* que con la industria no produce sino lo que consume. Así mientras los filosofantes predicaban la igualdad, se dividían los hombres en productivos y estériles, y en el puesto de la antigua aristocracia se colocaba una nueva; así también mientras por un lado se ecesaltaba la inteligencia, por otra se la deprimía relegándola entre las clases estériles.

Pero ciertamente ¿qué mérito tendría el grano producido por la agricultura si la industria no hiciese con él pan? ¿Qué mérito tendría la madera si no se trasformase en muebles? La semilla depositada en la tierra ¿no aumenta en valor tanto como el oro en las manos del artífice? Por otra parte, la historia prueba que la industria y el comercio mejor que la agricultura acrecientan el valor permutable de las cosas, bien con la división del trabajo, bien con la aplicación de las máquinas. Las ciudades fueron centros de la civilización; Génova y Venecia no tuvieron campos, porque un pueblo fabril y comerciante puede proporcionarse y traer á su seno muchas mas subsistencias que las que le daría la agricultura en otro caso.

Los economistas sentaron, pues, por principio, que riquezas de una nación son los objetos de consumo reproducidos por el incesante trabajo de la sociedad; é hicieron que prevaleciese este principio, porque unidos en

un solo pensamiento, usaban de aquel tono dogmático que impone al vulgo, empleaban términos iguales, precisión matemática, guarismos, y no descuidando nada, ennobleciendo la condición de los campesinos, retirando la atención de las ciudades para dirigirla á los campos, hacían la guerra á los monopolios, por todas partes puestos en práctica y proclamados por los teóricos (1). Y si bien sus teorías han caído en descrédito, deben honrarse sus escelentes intenciones; y los escritos de Morellet, Dupont de Nemours, Chastellus, agradan todavía por su entusiasmo y su filantropía, porque no consideran ya la fuerza como único fundamento de la paz en las naciones y de la buena conducta en los individuos, sino que añaden á esta base la del interés bien entendido de aquellos y de éstos, consistente en el mejoramiento de las clases inferiores y en la igualdad social.

Pero los economistas consideraban la ciencia tan solo bajo el punto de vista de la administración y del gobierno, queriendo consolidar una autoridad protectora, haciendo del rey un padre de familias, esto es, un déspota, aun cuando presentaban el papel de tal con los más hermosos colores, y se mostraban ciertos de que no podría resistir á la evidencia con que le ponían de manifiesto la utilidad de una conducta buena y arreglada. Fiábanse, pues, en un hombre mas que en todos, en la sensatez y en la recta voluntad de uno mas que en la voluntad y en el buen sentido del pueblo: error escusable al penetrar por la senda de los principios reformadores.

Por tanto, Quesnay puso á su *Cuadro económico* este epigrafe: *pobres labradores, pobre reino: pobre reino, pobres labradores*; é indicando la distribución de las rentas territoriales, tomó por objeto principal los impuestos, los empréstitos, los gastos públicos. Sin adoptar este *despotismo legal*, difundíanse no obstante muchas doctrinas útiles; poníanse al descubierto los abusos de los gremios y maestrías, de las aduanas, y de los apremios para la cobranza de los impuestos; combatíanse las preocupaciones; atacábase la esclavitud del trabajo; glorificábase la agricultura; se desenmascaraba á los hacendistas y arrendadores de tributos y con tanta mayor libertad se buscaban remedios para las plagas sociales cuanto que se creía encontrarlos desde luego. ¿Y cuáles eran estos? La libertad del comercio, la fraternidad entre las naciones, la abolición de los impuestos personales y de las contribuciones indirectas. Así las estrecheces económicas inducían á los franceses á analizar el fecundo poder de las ri-

(1) Ustariz en 1740 después de largo tiempo de ministerio, decía en su *Teoría y práctica del comercio*: "Es necesario adoptar todas las medidas de rigor que pueden conducirnos á vender á los extranjeros mas producciones nuestras que ellos nos venden de las suyas; aquí está todo el secreto y la única utilidad del comercio."